

Nació en un kibbutz, en medio de un desierto y entre mucha gente que, como sus jóvenes padres judíos nacidos en Chile, habían llegado allí para hacer real su propia utopía y construir el Estado de Israel. Shlomit Baytelman tenía cuatro años cuando pisó Chile por primera vez. Durante esos años sus padres hicieron la sensación de que no siempre lo utópico se concreta en el tiempo y en el lugar deseado. Comenzaron a sentirse extranjeros, y regresaron. Shlomit desde muy niña acompañó a su padre al teatro de la Universidad de Chile, del que fue uno de sus fundadores. Su madre poeta y estudiosa de la literatura, le enseñó el amor por los libros y las letras. Y en 1968 comenzó a estudiar Teatro y se convirtió en actriz profesional apenas terminó la carrera. Por esos años también se enamoró y se casó. Tuvo dos hijas y pudo seguir siendo actriz hasta que los bandos militares cerraron las salas. Shlomit se quedó en Chile. Estos meses, hizo cosas esporádicas en la TV y en teatro, se deprimió, pero no se atomizó para ser una de las primeras actrices que llamó a las chilenas a votar "No" en el plebiscito del 88. En 1990 volvió a la TV. Se sabe coqueta y seductora, pero dice que no es pose, que es parte de su naturaleza. Muy delgada, de hablar suave, cálida y con ojos que sonríen, descubrió hace algún tiempo que una de sus facetas ocultas era escribir. Hizo un pequeño taller y dejó que la mano se le soltara y transformara en letras, sentimientos y recuerdos. Publicó así su primer libro. Escritos para un amor inocuo. Después se atrevió con la poesía y hoy tiene en la cabeza un nuevo proyecto. También volvió al teatro de tiempo completo. Shlomit está contenta. Se le nota.



Shlomit Baytelman

Esos hombres que no merecen una sonrisa

MARIA EUGENIA CAMUS

Las mujeres están a años luz de muchos varones criollos, dice esta actriz que juega naturalmente con la seducción. Varones que se toman el codo cuando les dan la mano, varones pretéritos que incluso se dicen "progresistas".

—¿Es introvertida, tímida o extrovertida?
—Soy comunicativa desde siempre, pero bastante tímida. Me gusta compartir mis experiencias con los demás. Si me pasa algo en la vida me gusta contarle con otra persona, ver si estoy equivocada, no quedarme para siempre con algo adentro.
—¿Se comunica de la misma manera con las amigas que con los amigos?
—Tengo muy buenas amigas, pero creo que llevo una buena conversación con los hombres. Será porque así es un kibbutz. Allí era muy especial el sistema: vivía aparte de mis padres, traían cuatro niños y cuatro niñas en una educación colectiva, y siempre tuve que compartir.
—¿Qué recuerda de esa época?
—El calor, el desierto. Yo no lo he vuelto, pero dicen que es un lugar maravilloso. Siempre mi padre me dijo que a la misma hora y en esa misma tierra en que yo nací en un hospital, en otro nació un niño árabe. Que no debía odiarlo nunca.
—¿Mantiene algunas de las tradiciones culturales y religiosas que le enseñaron en el kibbutz?
—Por largo tiempo, quizás por el mismo hecho de que mis

padres, como intelectuales, estaban un tanto alejados de esas costumbres, no estuve cerca de ellas. Pero en el último tiempo he tenido la suerte de encontrarme con personas maravillosas que me han tendido su mano para acercarme a esas tradiciones y ahora voy a la Sinagoga cuando puedo. He tratado de no perder contacto. Es algo que se necesita y que me llena. Son mis raíces.
—¿Ha sentido expresiones de racismo en alguna etapa de su vida?
—Creo que hay un racismo solapado y es difícil sustraerse a eso, pero felizmente no lo he sentido en carne propia. Te encasillo, te sombras de forma peyorativa. Hay varios racismos, contra los judíos, contra los árabes, contra los gais, contra los mapuches. Y también hay un cierto racismo con la mujer.
—¿Usted estuvo bastante largo años. ¿Cómo sobrevivió económica y académicamente?
—Fue duro. Después del golpe, mis padres se casaron y

yo firmé más de una declaración protestando por estas situaciones. El apellido Baytelman era visto como peligroso. Se cerraron puertas, porque hacer ese tipo de gestos, en ese tiempo, era equivalente a ser un delincuente. Fue un período en que escribí, hice otras cosas. Creo que una se mantiene por una suerte de fuerza interior que da el saber que se está en el lugar correcto, que no es una luz que está equivocada. Teníamos una vida familiar muy rica, y había otras compensaciones; además, cuento con un carácter positivo. De todas formas, puede trabajar en teatro, que era muy independiente, y tuve éxito con la obra *Tos tristes riges*, lo que me permitió sobrevivir un tiempo.
—¿Se sintió bien cuando volvió a la TV?
—Volví a las teleferies, pero había perdido mucho camino, poder de negociación. El hecho de no haber podido trabajar durante tantos años me quitó las posibilidades de estar donde yo pensaba

que debía haber estado. No me importaba no ser la protagonista, porque si una es buena actriz puede darle vida y más espacios a cualquier papel secundario.
—¿Cómo es de esa vida media inglesa, medio vampírica y medio alfa?
—Ay, sí, la "Miss Condessa de Almódora". Yo creo que, a pesar mío, conservo una cuota de legitimidad que me persigue y que todavía me hace creer en el mundo. Ese personaje tenía una mirada nueva, algo como infanzón a pesar de lo que uno se ha vivido y ha hecho. Hay algo de mí en ella.
—¿Está consciente del poder de seducción que tiene sobre muchos de sus admiradores?
—Ese personaje jugaba con eso. En mí es una actitud suelta, un juego frente a lo femenino-masculino. Y me siento bien. No lo hago a propósito sino que es una coherencia natural que se revierte a favor de una y en beneficio. No me siento una *femme fatale*, ni tengo ganas de serlo. No soy manipula-

dora. Más bien siento que la sonrisa que tengo con la vida se la puedo regalar a un hombre.
—¿Cree que los "seductores" interpretan de la misma forma sus códigos?
—Ellos están siempre conscientes de donde están ubicados. Lo que pasa es que las mujeres estamos a años luz de muchos hombres en este país. Hemos logrado una libertad interior donde podemos darle un sentido a una sonrisa, pero ellos la traducen con un escepticismo antiguo. Entonces, si tú le sonríes a un hombre, ellos lo divulgan y lo arrojan a un vergonzoso comentario machista y vulgar de épocas pretéritas. Una mujer les pasa la mano con una sensación de igual a igual y ellos se toman el codo, con otra sensación. Santiago es un pueblo chico y cuando alguien le malinterpreta y lo divulga, eso siempre llega a tus oídos. Pienso que hay hombres que no se merecen que se les dé la posibilidad de un diálogo directo. No saben valorarlo.
—¿Los hombres de los 60 también han sufrido regresión?
—Algunos. Muchos de ellos deberían hacerse una revisión profunda en su relación con las mujeres. No se merecen un contacto natural, de igual a igual, con una mujer que tiene una libertad interior. Es como darle margaritas a los chanchos. Hay quienes apuestan tener un espíritu libre, ser progresistas, pero tienen cada rallo que los desmenten.
—¿Es difícil para usted pensar en la soledad?
—Siempre es difícil ser sola. Pero también se pueden hacer muchas cosas. Tratar de tener una pareja de manera consensuada es un error, a pesar de que respecto las decisiones de cada persona. Lo importante es saber aprovechar el tiempo, gustarlo, leer, conversar con una misma.
—¿Es mamá o amiga de sus hijas?
—Un poco de las dos cosas. Es difícil ser mamá, hemos buscado vivir con la mayor libertad y respeto. De pronto me pilla en las peores actitudes que crítico de mi propia madre, pero trato de estar alerta y no echar a perder el diálogo. Ha en la base de la armonía. De repente hay cosas donde no nos vamos a encontrar y tiene que ser así, pero hay otros espacios que nos unen películas, libros, tantas cosas de que conversar.
—¿No es de las que se asustan cuando hay que dar vuelta la página en el calendario?
—No lo hago con alegría ni me asusto. Sigo teniendo ganas de bailar, de hacer cosas. No me asustan, porque sé que he hecho cosas, todos los días los tengo reflejados conmigo. Como todo el mundo, también he pasado por períodos negros. Sé que todo cuando no me dejaron trabajar y yo tenía la posibilidad y las ganas. Que te excluyan porque piensas distinto y tú sabes que lo que haces es defender la dignidad, es algo que no se lo doy a nadie. Pero cuando una da vuelta las hojas del calendario, quizás con algunas arrugas que antes no estaban, y se da cuenta de que tenía razón, que aquí está, en el escenario o escribiendo, es enérgico. Son anotaciones que hago para mi próximo libro. ■

Esos hombres que no merecen una mirada [artículo] María Eugenia Camus.

AUTORÍA

Autor secundario: Camus, María Eugenia

FECHA DE PUBLICACIÓN

1994

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Esos hombres que no merecen una mirada [artículo] María Eugenia Camus. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile